

De este modo, el lector puede apreciar no solo las ideas de cada autor/a, sino también la diversidad de enfoques y perspectivas que los distintos especialistas aportan, mostrando cómo la estética se ha desarrollado a lo largo de siglos y cómo algunas sensibilidades permanecieron parcialmente ocultas en la narrativa académica. Cada capítulo permite además establecer conexiones entre reflexiones históricas y cuestiones contemporáneas de interés para el estudio de la estética, iluminando ideas y sensibilidades que habían quedado olvidadas.

La obra ofrece, pues, una verdadera cartografía de lo reencontrado. A través de sus páginas, lo aparentemente perdido comienza a cobrar forma: ideas, espacios y reflexiones diluidas a lo largo de la historia se tornan visibles, ampliando nuestro marco de sensibilidad y generando nuevas evidencias. Estéticas perdidas no solo revive pensamientos anteriores, sino que también rehabilita sensibilidades olvidadas, permitiendo explorar la riqueza de la reflexión estética desde perspectivas diversas y complementarias.

En general, la obra representa un gran interés para investigadores y lectores interesados en filosofía y estética. Su lectura facilita situarse frente a ideas tanto conocidas como olvidadas, ampliando la comprensión de la historia del pensamiento estético y estimulando la sensibilidad contemporánea. Por ello, este libro constituye un recurso valioso no solo para especialistas, sino también para quienes buscan un acercamiento renovado y crítico a la estética y sus múltiples dimensiones.

Gloria Luque Moya  
*Universidad de Málaga*

HESTER, H., y N. SRNICEK. Después del trabajo. Una historia del hogar y la lucha por el tiempo libre. Buenos Aires: Caja Negra, 2024.

Hoy que el sesgo algorítmico digital (los prejuicios que se deslizan en búsquedas de Google, formularios de Internet, etc) devino una especie de lugar común para la filosofía de la técnica, el libro de Hester y Srnicek rescata una idea muy valiosa: también hay sesgos por fuera del mundo digital; hay sesgos materialmente anclados en el mundo. La cultura material es la continuación de la política por otros medios. Esta idea según la cual es posible hacer cosas sin palabras, con materiales y diseños, es central para el análisis del espacio doméstico. Hay sesgos materialmente anclados en el diseño de las viviendas, en los espacios públicos, en los muebles y en las rampas, incluso en las asas de las tijeras. Admitir este sesgo material no implica asumir una posición determinista (según la cual una cierta tecnología moldearía la vida social unilinealmente), pero sí sostener que ciertos diseños favorecen o desalientan, silenciosamente, ciertas prácticas.

*Después del trabajo* aporta una perspectiva interesante, y no tan transitada, en torno a la relación entre lo doméstico y lo político apoyada en una clave de lectura centrada en las transformaciones materiales de los entornos tanto a nivel de sus máquinas como de las arquitecturas que facilitan u obstruyen ciertas conductas. Se trata de un libro que indaga la cuestión del sesgo de género mirando de frente a los artefactos y los espacios artificiales en los que se despliega la vida social, focalizando las prácticas y la ecología que se monta a su alrededor. A nivel metodológico, el libro es muy honesto en su planteamiento: analiza estadísticas y casos de Europa central y EE.UU. si bien supone que las conclusiones que alcanza son trasladables a otras regiones.

La indagación de Hester y Srnicek parte del reconocimiento de una cruda verdad: vivir cuesta energía. El trabajo de la reproducción de la vida supone un esfuerzo sostenido de repetición, y ese esfuerzo puede estar históricamente distribuido de distintas maneras (por género, por edades, por tipos de entidades naturales o artificiales). Las teorías del postrabajo, si bien focalizan la cuestión del esfuerzo y de la reducción de la jornada laboral, se ocupan casi exclusivamente del trabajo asalariado. Los autores, en cambio, sostienen que cualquier teorización sobre postrabajo no puede dejar de lado el trabajo no remunerado de la reproducción social resumible en la tríada «cocinar, limpiar, cuidar». En este sentido, es razonable narrar la historia de la tecnología doméstica del siglo XX como una especie de lucha por el tiempo libre, entre el trabajo automatizado y el no automatizado.

Los primeros capítulos del libro se dedican precisamente a esa reconstrucción. Apelando a datos históricos sobre las modalidades de trabajo reproductivo hasta el siglo XIX, Hester y Srnicek muestran que el costo energético y de tiempo para calefaccionar, generar comida y vestimenta fue transformado gradualmente a través de la proliferación de infraestructuras desde inicios del siglo XX (red de agua corriente, electricidad, red de gas, alcantarillado). Los hornos a gas y electricidad en 1920 permitieron, por ejemplo, una notable reducción del tiempo de trabajo de cocina. Algo similar ocurrió con la producción industrial de ropa y con su limpieza mecánica, que sustituyeron el trabajo de confección y limpieza individual. En paralelo, los hospitales centralizaron las tareas de cuidado y tendieron a reducir el lugar de las mujeres como «enfermeras no remuneradas» dentro de la vivienda.

Todos estos ejemplos exhiben una cierta posibilidad de liberación a través de la tecnología doméstica que, sin embargo, no llegó a cristalizarse. La llamada paradoja de Cowan (historiadora norteamericana autora del notable *More work for mother* en 1983) se ocupa precisamente de explicar cómo en la década de los cuarenta y los cincuenta la estandarización de las tecnologías domésticas no hizo que el tiempo de trabajo disminuyera. Por el contrario, la idea de «un hogar/un lavarropas» y la perspectiva individualista sobre las tareas de reproducción

hicieron cada vez más ineficientes las operaciones. El impacto en la dimensión del género se vio reflejado en que las mujeres quedaron más atadas que antes a la realización y monitoreo de tareas de reproducción social, y con estándares de presión social superiores a aquellos de épocas en las que las máquinas no habían ingresado al hogar. En este sentido, la paradoja de Cowan revela que la tecnología por sí sola es insuficiente para reducir el trabajo. Efectivamente, las tecnologías domésticas favorecieron la inserción de grupos de mujeres en el ámbito laboral, pero el total de horas dedicadas a tareas domésticas se mantuvo en todo el siglo XX. La conclusión que ofrecen los primeros capítulos de *Después del trabajo* es precisa: bajo esta ecología artificial doméstica singular, las tecnologías no ahorran tiempo de trabajo, y tampoco alteran el imaginario social centrado en viviendas familiares individuales ni la división del trabajo según género.

Otro de los componentes que atentó contra la liberación del tiempo de trabajo fue la elevación de los estándares. De acuerdo con los autores, hay una relación directamente proporcional entre la delegación de tareas domésticas en tecnologías y la subida de los estándares de su realización. Por ejemplo, a mayor cantidad de tecnologías de limpieza incluidas en un hogar, más se debe limpiar para que el resultado se amolde a las expectativas sociales. La ducha diaria aparece como una posibilidad tecnológica y, al mismo tiempo, como un deber moral. Por supuesto, disminuir los estándares podría ser una de las formas de ahorrar tiempo y esfuerzo, aunque los autores no ofrecen propuestas precisas sobre cómo sería exactamente el procedimiento para que las expectativas pudieran flexibilizarse.

Contra el mito de la innovación tecnológica vertiginosa, los autores señalan que desde 1970 en adelante lo que ha ocurrido, más bien, es una desaceleración tecnológica en el territorio doméstico. Ciertamente hubo una aceleración entre 1920 y 1970 que impulsó que las distintas máquinas ingresaran en el hogar, pero desde allí en adelante ha habido un cierto estancamiento en lo concerniente a tecnologías de ahorro de trabajo reproductivo. Este estancamiento, sugieren Hester y Srnicek, se puede explicar por una lógica económica: empleados humanos mal remunerados son más baratos y eficientes que máquinas caras que operan con precariedad. Pero también podríamos añadir aquí que el mismo fenómeno se puede iluminar en términos de ciertas propiedades objetivas de las máquinas: hay ciertas tareas de motricidad fina para las cuales las máquinas exhiben limitaciones (doblar ropa, limpiar muebles, etc). Este es el problema que L. Floridi (en *The Fourth Revolution*) ha abordado a partir de su distinción entre tareas difíciles y tareas dificultosas. Resolver un jaque mate en tres jugadas y atarse los cordones de una zapatilla son ambos problemas que requieren resolución, pero los sistemas de software que pueblan cada vez más nuestro entorno son más eficaces para resolver problemas del primer tipo y no tan idóneos para resolver problemas del segundo tipo.

La cuestión de la organización doméstica y la unidad de reproducción aparece con claridad en el capítulo 5 («Espacios»). Allí Hester y Srnicek analizan la comuna rusa de principios del siglo XX y su diseño basado en cocinas y lavanderías comunes y espacios para el cuidado colectivo de niños. Según los autores, aquello que está en disputa no es sólo la tecnología sino la legitimidad de la forma misma de organizar la reproducción social: el hogar unifamiliar. También aparece en este capítulo un recorrido a través de varios experimentos concretos de vida comunal que van desde los hogares cooperativos hasta la vivienda social pasando por campamentos improvisados en la Norteamérica profunda y un movimiento de separatismo lésbico en un entorno rural.

Ahora bien, las dificultades fundamentales de *Después del trabajo* se hacen visibles en su capítulo conclusivo y están relacionadas con las expectativas que un libro de estas características produce en su universo de lectores. Por un lado, el libro constituye una discusión rigurosa y empíricamente informada de distintas modalidades para pensar la relación entre tecnología y trabajo en las tareas reproductivas. Por otro, la ambición de esta empresa contrasta con la sensación final de no haber encontrado con suficiente claridad una propuesta concreta para liberar el tiempo de trabajo y sustituirlo por tiempo de ocio. En todo caso, las referencias finales que aparecen remiten a programas o variantes de experimentos pasados que contrastan fuertemente con la escala donde se pretende aplicarlos (una pequeña comunidad hippie de decenas de miembros difiere estructuralmente de una gran metrópoli). A su vez, la pregunta por la colectivización de las actividades de reproducción social y su eficiencia no contempla las prácticas desplegadas en el Sur global. En este sentido cabe preguntarse: ¿qué ocurre con aquellos grupos desfavorecidos que en el Sur global han producido formas de comunalización de la reproducción social de manera no planificada? ¿Qué sucede cuando la colectivización es una suerte de efecto secundario derivado de fenómenos de precariedad económica e institucional? ¿Pueden pensarse modelos de colectivización a mediana escala orientados por los estados nacionales y no necesariamente motorizados de manera voluntarista por agentes solitarios? Estas son preguntas que el estudio de Hester y Srnicek dejan abiertas. Resulta imprescindible tomarlas con un prisma que no se agote en modelos y referencias extraídos del Norte global.

*Diego Parente*  
*CONICET / Universidad Nacional de Mar del Plata*